

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Segunda Parte

2026

Meditación (día 20)

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Petición:

[104] *3º preámbulo.* El 3º: demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno el Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

En los Ejercicios Espirituales que San Ignacio propone al ejercitante, hay un objetivo claro que se repite insistentemente: **para más conocerlo y servirlo al Señor**, para alcanzar un [104] *conocimiento interno del Señor* (Jesucristo) y, desde ahí, **poder amarlo y poder servirle**.

Después de los puntos sobre la Anunciación o la Encarnación del Verbo, me gustaría dar como una visión sintética de Quién es Jesucristo. Después el ejercitante en la oración personal, en el tú a tú, sobre todo ante la Presencia Eucarística, trate con este Verbo Eterno que se ha hecho carne, que se ha hecho hombre como nosotros, «en todo semejante a nosotros»¹ sin pecado.

Lo primero que hay que decir de Jesucristo es que **es el centro del cristianismo**. El centro del cristianismo no es una ideología, un sistema de pensamiento. El centro del cristianismo tampoco es una ética, una moral, una forma de vida. El centro del cristianismo, como nos ha recordado Romano Guardini², y lo ha repetido después el Papa Benedicto y el Papa Francisco, «**el centro del cristianismo es una persona**». No se llega a ser cristiano por una elucubración, por una decisión ética. Se llega a ser cristiano por un encuentro personal, tú a tú, con Jesucristo.

Y este es el objetivo fundamental de la oración, de los Ejercicios Espirituales, de la Cuaresma, de la Pascua, en la que la Iglesia nos invita a entrar continuamente. El centro de la fe cristiana es una persona. Y es una Persona Divina, es la Segunda Persona de Dios. Y es una persona que nos personaliza, que nos hace personas. La relación de las Tres Personas en el seno de la Trinidad constituye a cada persona en persona. Y la relación de cada una de estas Tres Personas y de las Tres con cada uno de nosotros nos constituyen en persona.

¹ SAN PABLO VI (PAPA), *Concilio Vaticano II*, «Constitución Pastoral «Gaudium et Spes», No. 22, 7 de diciembre de 1965.

² ROMANO GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, 1929.

Persona en el fondo es esa capacidad de relación que **en Dios es subsistente y en nosotros es creada**. Somos amados, pensados desde toda la eternidad por Dios Padre en su Hijo, en el Espíritu Santo; y llegados un momento de la historia, hemos venido a la existencia.

¿Quién es Jesucristo, por tanto? Una persona divina. ¿Cuál es mi actitud la primerísima ante Él? La adoración. *Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás. (Lc 4, 5-8)*. «No adoréis a nadie, a nadie más que a Él». **La adoración es la actitud propia de la relación con Jesucristo puesto que Él es Dios**. Cualquier otra actitud que se quede más acá se queda corta, porque no consideraría a Jesucristo como lo que es, Persona Divina que ha entrado en mi vida y que pide de mí la actitud de adoración, de rendimiento de mi ser ante Él.

El Papa Benedicto, en su primera Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, en la vigilia habló de la adoración. Puede encontrarse en internet fácilmente aquella Homilía del Papa Benedicto en la Vigilia de Adoración de los jóvenes³. Se introdujo, en aquel momento y en aquella JMJ, la adoración por primera vez, como en otros lugares se ha introducido la Catequesis.

Y allí el Papa explica qué es adorar y usa las dos palabras griega y latina. La palabra griega es «proskynesis», «postrarse», ponerse de rodillas o postrarse en cuerpo entero en actitud adorante. La palabra latina es «os ad os», «boca a boca», «adoratio». En latín sería «un beso de amor»; en griego sería una «rendición de todo mi ser» ante el Ser de Dios que me crea y me envuelve con amor. Eso es la adoración y esa es la actitud propia delante de Jesucristo. Por mucha confianza que uno tenga y por muy amado que se sienta, es una experiencia muy frecuente lo de delante de Jesucristo sentirse envuelto en un amor que satisface, que da paz y que llena el corazón, pero no olvidamos de que Él es Dios y nosotros somos criaturas y por tanto nos rendimos con todo nuestro ser ante Él.

Ya el Concilio de Nicea nos dice que Jesucristo es **consustancial al Padre**, de la misma naturaleza del Padre, porque el hereje correspondiente en ese momento, Arrio, dice que Jesucristo, o el Verbo, es una criatura como el primero de los creados; y no es una criatura, ha sido **engendrado por el Padre desde la eternidad**, es decir, desde siempre, sin comienzo, teniendo como origen al Padre y como originado al Hijo.

Y este Hijo que es imagen perfecta del Padre es el que ha venido al mundo y se ha hecho hombre y se ha hecho, por tanto, consustancial a nosotros:

- * **de la misma naturaleza del Padre en cuanto a Dios,**
- * **de la misma naturaleza que nosotros en cuanto a hombre.**

Y, por tanto, entre Dios y los hombres, Jesucristo viene a ser el puente.

Santa Teresa tiene esa imagen: Dios como un castillo lleno de riquezas, de tesoros, de aspectos inimaginables para la mente humana. ¿Cómo podemos nosotros acceder a los tesoros de Dios? Si no es porque Dios mismo, en ese castillo precioso y riquísimo, ha abierto una puerta de allá para acá, y en esa puerta ha salvado la vaguada, el foso grande de agua y de reptiles. Nosotros no podemos acceder por nosotros mismos al Misterio íntimo

³ PAPA BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre*, JMJ Colonia, 18-21 de agosto de 2005.

de Dios. Entramos en el Misterio de Dios porque Dios ha abierto Su Corazón de par en par en la Humanidad Santa de su Hijo Jesucristo.

Por tanto, el Misterio de la Encarnación es un puente que Dios ha abierto desde lo profundo de Su Corazón para acercarse a nosotros; y nosotros en ese puente que es Jesucristo, Su Humanidad Santa, podemos acceder hasta la intimidad de Dios, hasta ese castillo lleno de riquezas, desde donde Dios nos da todo lo que Él es y tiene, y donde nosotros podemos entrar a gozar de todas esas riquezas de Dios que no podríamos acceder por nosotros mismos. **Ese puente es Jesucristo**, Pontífice, Sacerdote, Camino, Verdad y Vida.

Por tanto, el Misterio de la Encarnación que hemos meditado, es esencial para el trato nuestro con Jesucristo y a través de Jesucristo con el Padre y con el Espíritu Santo; y desde la Trinidad, la visión de toda la Creación, de mi propia vida, de la historia, etc. Entrar en el Misterio de Dios sólo podemos hacerlo a través de la Humanidad Santa de Jesucristo que ha venido hasta nosotros.

Consustancial al Padre. De la misma naturaleza del Padre, Eterno como el Padre, Sabio como el Padre.

Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, ..., que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre⁴.

Al hacerse hombre, Jesucristo ha tomado un cuerpo como el nuestro, como este que yo tengo, como este que tú tienes. Todos los que estamos en este mundo estamos todavía sometidos a la erosión, pero también este cuerpo es el que nos lleva, nos trae, nos hace presentes, y es como el vehículo de nuestro don, porque el cuerpo humano, como expresión de la persona, **llega a su plenitud cuando se entrega, cuando se da**, cuando se gasta, cuando se pierde, diríamos, como Jesucristo lo ha perdido en la Cruz. Un cuerpo humano como el nuestro, como el mío.

El docetismo

La primera herejía que brota en la historia de la Iglesia es que **Jesucristo no tendría cuerpo humano**, porque este cuerpo humano es como lo más débil de la persona, es como origen del pecado. Hay en la filosofía platónica un desprecio del cuerpo y, por eso, desde esa perspectiva, ¿cómo va a tomar Jesucristo cuerpo humano? Y ya San Juan, el Evangelista, tanto en su Evangelio como sobre todo en las Cartas, recuerda: «El que no confiesa que Jesús ha venido en carne, ese es el anticristo. (cf. 1Jn 4, 2-3). Es el Evangelio de la Encarnación: «Y el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros; y hemos contemplado su gloria». (Jn 1, 14).

Esto es del Evangelio de San Juan que escribe en ese contexto en el que se niega la realidad del Cuerpo de Cristo. Y al comienzo de la Primera Carta de San Juan lo dice él mismo —«lo que hemos visto, lo que hemos palpado, lo que hemos tocado». (Jn 1, 1)—

⁴ Credo Niceno-Constantinopolitano, nace en el Concilio de Nicea I, año 325; ampliada en el de Constantinopla I, año 381.

en relación con el Verbo de la vida porque la vida se ha manifestado: «*Os lo anunciamos para que vuestra alegría llegue a su plenitud*». (Jn 1, 4). Un cuerpo como el mío, un cuerpo para entregarse por mí en la Cruz, en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo. Un cuerpo para sufrir, un cuerpo en el que se expresa todo Su Amor.

La máxima **expresión corporal de Cristo** es cuando clavado en la Cruz, **sin palabras, nos dice**: «Te amo, he dado mi vida por ti, he alcanzado el perdón de todos tus pecados»; y todo esto es una expresión corporal. El que sea expresión corporal no quiere decir que sea expresión sexual. La expresión sexual es una expresión corporal, pero no toda expresión corporal es necesariamente una expresión sexual. Pero el sexo y la expresión sexual se incorporan aquí, al Cuerpo de Cristo.

Ese cuerpo que el Verbo ha tomado, «*incarnatus est*», **se ha encarnado para hacer digno el cuerpo humano** y para hacer dignas las relaciones, también los esponsales —marido y mujer— y toda otra relación que siempre es relación corporal cuando es relación expresiva también del cuerpo.

Nuestro amor como el de Cristo, llega a su plenitud y a su perfección cuando se expresa corporalmente o en el matrimonio —ese es el cauce, iluminados en Jesucristo— o en la virginidad, en la consagración a Dios. Pero en un caso y en otro hay que dar la vida y no sólo como una teoría, sino que hay que dar la vida en el desgaste de cada día y en el conjunto de la propia historia humana, darla incluso corporalmente como ha hecho Jesucristo con nosotros, un cuerpo humano como el nuestro.

Canta una de las Antífonas:

«Ave verum Corpus natum de María Virgine», «Oh verdadero Cuerpo nacido de María Virgen».

El apolinarismo.

Y junto al cuerpo, Jesucristo ha tomado alma humana. Sí. Existe otra herejía que viene a decir que **Jesucristo no tiene alma humana**, sino que el Verbo ocupa el lugar del alma y como que mueve el cuerpo en todas las direcciones y ese es un gran error.

Jesucristo tiene alma humana creada como la tuya y la mía. Lógicamente la Suya perfectísima, nobilísima, llena de gracia, porque es el Hijo Eterno de Dios. Cuando Dios Padre ha creado para Su Hijo un alma y la ha infundido en el momento de la Concepción virginal en el seno de María Virgen, esa alma es purísima, perfectísima; pero es alma humana, alma creada como la tuya y la mía. Nosotros, heredando el pecado; Jesucristo no ha heredado el pecado. A nosotros el pecado se nos ha lavado por el Bautismo.

Jesucristo tiene alma humana porque **en el alma es donde reside el entendimiento humano, la voluntad humana y los sentimientos humanos**. Es lo que muchas veces entendemos con una sola palabra: **corazón**. Si Jesucristo no tuviera alma humana, no tendría Corazón en el sentido profundo de la palabra. Sí, tendría corazón biológico, como la viscera biológica cardíaca; pero no, adoramos al Verbo que se ha hecho carne y al hacerse carne ha tomado alma humana; por tanto, es capaz de conocerme a mí, me conoce con Su mente humana incluso durante Su estancia en la tierra hace dos mil años. Hace dos mil

años Jesús, en Su coco humano, en Su mente humana, en Su conocimiento humano, ha conocido al Padre y le llama Abba. Es lo que nos ha revelado a lo largo de todo el Evangelio.

Se ha conocido a Sí mismo. **Jesús es Dios, sabe que es Dios y continuamente lo comunica.** Esto es propio de Su alma humana y de Su conocimiento humano. Y Jesucristo me ha conocido, ha conocido a todos aquellos por los que se ha entregado para redimirnos, me ha conocido en aquel momento, en Getsemaní, en la Cruz, cuando predicaba las Bienaventuranzas, cuando curaba al paralítico o limpiaba al leproso. Allí estaba yo, allí estabas tú.

San Ignacio al ejercitante le dice que considere aquel pasaje que está meditando, aplicando los sentidos ([121-126]), escuchando a los que hablan, viendo el paisaje, incluso oliendo lo que en el campo con las buenas hierbas suele tener de buen olor. Y dice San Ignacio: *«como si allí presente me hallara»*; porque de esa manera la imaginación se concentra, Pero es que antes de que yo haga este camino para estar allí, Jesucristo ha hecho ese mismo camino para tenerme a mí allí.

Pensemos en Getsemaní, por ejemplo, cuando Jesucristo ora al Padre y se siente abrumado, hasta sudar sangre, hasta decirme: «Muero de tristeza»; hasta expresar, como tenemos en el texto bíblico esa oración angustiosa y al mismo tiempo confiada: *«No se haga mi voluntad sino la tuya, Padre»*. (Lc 22, 42). Cuando Jesucristo está viviendo esa situación, ha pensado en mí, me ha conocido, y eso le ha llevado a entregarse por mí. Es lo que dice San Pablo en la Carta a los Gálatas 2, 20: *«Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»*. A veces pensamos que ese *«me amó y se entregó por mí»* es el amor divino, y es verdad, también Jesucristo me ama con Su Corazón Divino que es común al Padre y al Espíritu Santo. Pero Él me ha conocido además con Su Corazón Humano, y me ha amado con Su Corazón Humano.

Jesucristo me amó y se entregó por mí, y ahora sigue amándome y ahora sigue llenándome de Su Gracia ya desde el Cielo también con un corazón humano, puesto que en el Cielo sigue teniendo toda la humanidad, Cuerpo y Alma humanos ya glorificados. Entendimiento. Es muy importante sentirse conocido.

Cuántas veces nos abruma no saber por dónde vamos, no conocer nuestra historia, cuándo tenemos que discernir o elegir. Nos gustaría encontrar una persona que lo supiera todo y nos lo dijera. Pues este es Jesucristo que conoce tu vida, tu historia y te lo dirá o no, según te sea conveniente o no, pero acércate a Él y Él te irá iluminando los senderos y los caminos de tu propia vida.

Cuando uno va al médico con un dolor que le molesta y que le tiene incómodo, ya es más de la mitad de la curación que el médico diga qué es lo que tengo. Luego, sentirse conocido y comprendido es un elemento esencial del corazón humano. Cuando dos personas riñen, sea matrimonio, sean amigos, sean hijos y padres. «Es que no me comprende, es que no se ha puesto en mi lugar». Eso con Jesucristo no pasa nunca.

Jesucristo conoce mi situación, se ha puesto en mi lugar y se pone continuamente en mi lugar. Me siento conocido, comprendido perfectamente por Jesucristo en Su mente humana. Por supuesto que incluye la Divina, no la excluyo en ningún momento; pero quiero subrayar

este aspecto humano para que haya una relación como más afectiva, cordial, cercana con Jesucristo que ha tomado mente humana y en Su alma ha tomado también la voluntad humana.

La voluntad humana tiene dos capacidades: la capacidad de amar y la capacidad de decidir. El amor y la libertad residen en la voluntad humana. Y Jesucristo al hacerse hombre tiene voluntad humana. Más aún, en **la Voluntad Humana de Cristo es donde consiste la redención**. Porque si toda la humanidad ha ido camino de desobediencia, ha habido una entrada en la historia de Uno que cambia el signo de la historia y obedece al Padre. Obedece con Su Voluntad Humana. Con la Voluntad Divina no puede obedecer porque es común al Padre y al Espíritu Santo. Cuando se hace hombre, tiene otra voluntad, la humana. Y **se ha hecho hombre para obedecer al Padre**.

La obediencia es el punto clave de la redención. Y Jesucristo eso lo vive desde Su Corazón Humano, desde Su Voluntad Humana desde la cual va libremente a la muerte y por eso meritoriamente. *«Nadie me quita la vida, la doy yo voluntariamente»*. (Jn 10, 18). Pero en ese corazón humano, en esa alma humana que tiene voluntad humana y por tanto capacidad de amar y capacidad de libertad, me quiere. Es importante detenerse en este punto. **El corazón humano de Cristo me conoce y me quiere.** ¡Y eso que me conoce!

Nosotros en las relaciones humanas somos simpáticos todos, de visita. O incluso en relación con nosotros mismos tenemos más o menos una idea de nosotros mismos, muchas veces equivocada pero otras veces acertada. Jesucristo me conoce acertadamente y no se aburre de estar conmigo. A mí mismo me molesta y me enfadan mis defectos. A Jesucristo no le molestan ni le enfadan; le ofenden, pero él está dispuesto a perdonarme porque quiere seguir conviviendo conmigo.

«Hay un corazón que late, que palpita en el Sagrario», cantamos en esa preciosa canción. Ese Corazón Humano te conoce, te ama, no se aburre de estar contigo, no se cansa cuando una y otra y otra, fruto de tu debilidad, pecas y le ofendes. Jesucristo tiene por tanto un corazón humano semejante al nuestro y quiere hacernos, nuestro corazón, semejante al Suyo.

Cuando nos dice: *«Venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré...aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso»*. (Mt 11, 28-29). Corazón de Cristo en el que uno se siente querido, comprendido, acogido, perdonado. Creo que tendríamos que disfrutar mucho más de este aspecto de la relación con Jesucristo, como que lo dejamos para otro rato, otro momento. A veces en la oración recurrimos a oraciones hechas, está bien, nos ayudan; pero este sentirse profundamente querido y eso que me conoce perfectamente, mejor que yo mismo, pero no se enfada ante mis defectos, sino que está dispuesto a perdonarme y hacerme con un corazón semejante al Suyo.

Este es el Hijo de Dios que se ha hecho hombre y que se ha acercado hasta mí. Y **en ese Alma Humana**, digamos en conexión con el cuerpo, **se sitúan los sentimientos**. Porque todo esto que decimos del alma tiene su somatización también en nuestro propio cuerpo. Es así y lo constatamos en múltiples experiencias. **Jesucristo tiene sentimientos**

humanos propios de un corazón humano. Tiene además sensibilidad y tiene también las pasiones humanas: el miedo, la alegría, la esperanza, la compasión.

Lo vemos en el Evangelio. Pasiones humanas de Cristo, que en Él nunca le han movido a traición, como nos pasa a nosotros. Muchas veces las pasiones entran y salen y tiran de nosotros sin que nuestra voluntad quiera. Pero en el caso de Jesucristo las pasiones funcionan siempre movidas por la voluntad. Las pasiones en Cristo siempre fueron movidas, nunca motoras. Pero las tiene.

Acercarnos a Jesucristo es aprender a educar nuestra sensibilidad. El trato con él nos va encuadrando. La religión cristiana no tiene como aspiración la insensibilidad. No somos de corcho, ni somos estoicos, sino que el trato con Jesucristo es para educarnos la sensibilidad, para que nuestra sensibilidad sea expresión de nuestra persona, de lo más hondo de nuestro ser y de nuestro corazón. Sin traición. Repito que nuestros sentimientos tantas veces nos traicionan, nos hacen sentir lo que no queremos, o nos hacen esclavos, o arrastran todo nuestro comportamiento en esa dirección. Jesucristo no. En Jesucristo las pasiones acompañan a Sus Decisiones Voluntarias, a la recta razón. Es decir, es una humanidad bien encuadrada que tira de mí para que me vaya encuadrando, porque por el pecado estamos «folios rotos» y cambiados de sitio y no sabemos por dónde estamos.

Jesucristo es el Hijo de Dios, el Verbo Eterno, que se ha hecho hombre. Es el puente entre Dios y los hombres y es la ayuda adecuada que Dios nos ha dado. Antes de que viniera Jesucristo no había más ayuda adecuada que una mujer para el hombre, un hombre para la mujer, es el matrimonio. Pero desde que ha venido Jesucristo, Él es la ayuda adecuada para todos: los que caminan por el matrimonio, y los que caminan por la virginidad o el celibato. Jesucristo ha venido para ser la ayuda adecuada. «*No es bueno que el hombre esté solo. Voy a darle una ayuda semejante*». (Gn 2, 18). **Esta ayuda semejante es Jesucristo.**

Para los que vais a casaros o estáis ya en el matrimonio, esa ayuda es Jesucristo que llega hasta ti, hasta tu casa, a través de tu cónyuge, a través de tu esposo o de tu esposa; pero la ayuda adecuada es Jesucristo. Por tanto, comparte con Él, déjate querer, abrázale y experimenta el gozo profundo de Su Amor.

Y en la virginidad o el celibato, esto es de manera directa e inmediata, sin el Sacramento del Matrimonio. Pero lo importante es que nos quedemos todos con esta idea: Jesucristo ha venido para saciar mi corazón, para llenarlo plenamente de su amor. Él que me conoce, me ama, se estremece ante mi respuesta de amor, le ofende mi respuesta de pecado, porque él tiene un corazón que ama y enamora. El corazón de Cristo.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

[109] *Coloquio.* En fin, hase de hacer un coloquio, pensando lo que debo hablar a las tres Personas divinas o al Verbo eterno encarnado o a la Madre y Señora nuestra pidiendo según que en sí sintiere, para más seguir e imitar al Señor nuestro, así nuevamente encarnado, diciendo un Pater noster.

Ave María Purísima. Sin pecado concebida.